

Juan Rejano

JARDIN ANTIGUO

Prosificación de algunos
romances amorosos

Ilustraciones de

~~Miguel Induráin~~

México, 1948

NOTA PRELIMINAR

Volver, de tarde en tarde, a las páginas del Romancero; dejarse ganar por ese aire de candor y fortaleza que lo nutre, es como percibir de pronto un antiguo y delicioso aroma que en días lejanos nos embargó los sentidos. ¡Qué caudal de encontradas emociones en esos renglones cortos y casi rudos; ¡Cuánta llama de amor, cuánta noble fiereza, cuánto acento de dulzura, de angustia, de misterio; A mí me gusta, a veces, imaginarme las vidas y los sucesos que discurren por el Romancero; representarme, un poco infantilmente, los seres ~~xxx~~ que pueblan esa dorada selva, ese jardín ^{lejano y} antiguo-sangre y huesos de una remota edad-como amigos con quienes es grato platicar alguna vez.

He ahí la razón de este libro. Platicando con ellos, he acabado por darles corporeidad, tal como a mí me era posible: con la imaginación; quiero decir con la pluma. Ya sé que, en esa faena, hay, encerrado, tal vez, un grave pecado: es desacato acercarse demasiado a las figuraciones que los dioses revestidos de la anónima popularidad trazaron en el círculo de lo inmortal. Pero los pecados de amistad-los pecados de amor-, casi no son pecados, y en este caso mi propósito no pasa de ser una travesura. Me gustaría, por eso, que este manual de ingenuidad-permitidme que así lo denomine-fuese a parar, especialmente, a los ingenuos, a los hombres que todavía lo son a pesar de su necesaria crueldad defensiva, y a los niños que no han sentido todavía, dentro, la garra del hombre. Unos y otros pueden hallar aún, en estas páginas, el aliento inmanente de esa simplísima-esencialísima-poesía que no han logrado envejecer ni el tiempo ni sus crisis aniquiladoras. Yo soy de los que creen todavía que, no obstante la ^{tortuosa} época ~~que nos ha tocado vivir~~ -y acaso por ello precisamente- el hombre está más cerca que nunca del

paraíso, de su salvación, de la poesía. Por eso, también, me atrevo a dar publicidad a estas recreaciones.

Que no son otra cosa, como digo, que la prosificación de algunos romances tradicionales españoles, de carácter amoroso, escogidos entre los innumerables que dan savia al tronco secular del Romancero. Esta prosificación no trata de explicar nada ni, mucho menos, de enjuiciar, o sea, de poner ~~en~~ juicios, que resultarían vanos, a lo que en cada página se narra. Para eso no hubiera yo emprendido este viaje. Esta prosificación trata, simplemente, de contar, de una manera nueva, si quereis, lo que ya estaba contado aunque el lector encuentre ahora en la vieja fábula enlaces y matices que no existen en el verso, o que existen en lo más soterrado de su estructura, es decir, en esa vida fragmentaria que la mano anónima del tiempo le ha impuesto y que hoy lo hace aparecer, muchas veces, como inconexo. Por consiguiente, mi trabajo, en este caso, no tiene otro mérito, si alguno tiene, que el de haberme procurado a mí mismo un vivo gozo y el de procurárselo, de rechazo, a los lectores. Bien poca cosa la primera, como vereis, no obstante estar sobradamente compensada con la segunda.

No ocurre lo mismo con el trabajo del ilustrador. Y quiero que esta diferencia quede bien señalada ^{aquí.} El pintor ~~Arturo~~ Arturo Souto, que ha dado vida plástica a los romances escogidos por mí, si bien ha tenido, como yo, un pie forzado donde apoyar su lápiz, no es menos cierto que ha necesitado dar a sus figuraciones, para que lo fueran, auténticamente, un vuelo, una dimensión, que para mí estaban vedados. De ahí el valor excepcional de las mismas, aparte naturalmente el que en lo intrínseco poseen como realizaciones artísticas. De ahí, también, el que yo me sienta obligado a declarar que este libro es tanto mío como suyo. Mejor dicho, más suyo que mío: sus ilustraciones son, en realidad, lo único original y verdaderamente valioso que el lector va a encontrar en estas páginas.

Y basta de preliminares, que estorban a la poesía.

Juan Rejano

LA CAVA Y EL REY RODRIGO

La hora deslumbrante

Florinda la Cava-¿quién no conoce la leyenda, confundida muchas veces con el rigor de la historia?-era hija de un conde visigodo, don Julián, el cual, por hallarse gobernando la plaza de Ceuta reconquistada a los bizantinos, la había confiado a don Rodrigo, duque de la Bética, rey de los visigodos. Vivía Florinda en palacio, entre los viejos sillares de Toledo. ¿Lamentando, acaso, la ausencia de su padre? ¿Gozando de la cercanía de Rodrigo? Dejemos, una vez más, que la leyenda siga corriendo.

La tarde de estío se entra por los corredores de la casa del rey como una espada de fuego. Arde y pesa el aire. Todo, en el interior de la mansión, se esconde tras el silencio. Un silencio de sopor, hecho de sensuales angustias. En los patios y en los huertos cercanos parecen dormitar los aromas, languideciendo en sus pequeños vasos de seda, como a la espera de la hora fresca del atardecer. Por una de las torres sale Florinda con sus doncellas y se encamina a un jardín de espesa umbría. Hay en este jardín simétricos arrayanes, diminutos jazmines, verdes pámpanos que sombrean el cuajo de los racimos y, en el centro, un estanque manando por seis caños una fría lengua de agua. Lirios y espadañas crecen junto a la fuente y, amurallando el lugar, breves hileras de laureles y limoneros levantan al cielo su fronda. El sotillo ofrece gozo a los cuerpos. A la sombra perfu-

mada reposan las muchachas entre murmullos de canciones y risas. Algunas, sintiéndose libres y en retozo, han desnudado sus piernas y sus brazos y, sentadas al borde del estanque, los zambullen en la delicia del agua. La umbría se estremece de agudos gritos. La Cava, antes de que sus amigas completen la ablución, empieza a despojarse de sus ropas, buscando también la cristalina caricia. Primero cae el brial; después, los finos y blancos lienzos que anuncian la intimidad. Ya todo el cuerpo, ánfora palpitante, ha quedado libre de trabas. Respira con dulce ansia Florinda, y ^{sobre} ~~de~~ su carne, de una blancura mate como el nardo, cae la lluvia del cabello, oro encendido, casi roja llama. Las doncellas mismas se sienten deslumbradas ante aquella soberbia belleza. La Cava, creyéndose ^{sin otra compañía que sus amigas,} ~~solita~~, recorre con delectación las orillas de la fuente, sintiendo bajo los pies desnudos el blando tapiz de la hierba. El cuerpo va reflejándose en el espejo del agua, que se ondula levemente, como si sintiera sobre sí el dulce peso...

Pero Florinda y sus amigas no están solas. En el momento en que la hija del conde don Julián iba quitándose sus vestidos, unos ojos como dos candelas atisbaban detrás de una yedras. Eran los ojos de don Rodrigo. El monarca, buscando alivio al cuerpo, había salido a pasear al jardín y, atraído por las risas femeninas, se fue acercando al estanque. ¡Qué maravillosa, qué fascinadora visión se ofreció ante él! Florinda, en toda su desnudez, se disponía a entrar en el baño, y el rey sintió entonces como si la sangre se le volviese una hoguera. ¿Había entrevisto acaso en sueños aquel hermoso cuerpo, en las calenturientas noches de estío? ¿Había perseguido y acechado aquella radiante ocasión? La anónima palabra rimada sólo dice que don Rodrigo quedó ebrio de deseo, lleno de un intenso amor por Florinda. Y añade, registrando las dolorosas consecuencias que trajo consigo la desafortada pasión del duque de la Bética:

De la pérdida de España
fue aquí funesto principio
una mujer sin ventura
y un hombre de amor rendido.
Florinda perdió su flor,
el rey padeció el castigo;
ella dice que hubo fuerza,
él que gusto consentido.

Y todavía, con irónico acento, como tratando de esclarecer el amargo desenlace:

Si dicen quien de los dos
la mayor culpa ha tenido,
digan los hombres: la Cava,
y las mujeres: Rodrigo.

2

Loco deseo

¿Quién es, en verdad, el culpable, el causante de los males que España padecerá más tarde? ¿Florinda? ¿Don Rodrigo? He aquí al enamorado rey pendiente de la hechicera figura de la Cava. Ante sí la tiene, y su sangre moza se le encrespa, hierve y le quema las venas, como no pudiéndose contener. Desde la tarde aquella en que, desnuda, esplendorosa, viera la seductora aparición a orillas del estanque, apenas si ha tenido un instante de sosiego.